


BOLETIN  **OFICIAL**

DEL

OBISPADO DE OSMA.

NOS EL DR. D. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO Y UBAGO, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Osma, Camarero Secreto de Su Santidad, Señor de las Villas de El Burgo, Ucero y las dos Quintanas-Rubias, etc., etc.

AL VENERABLE DEÁN Y CABILDO DE NUESTRA SANTA IGLESIA CATEDRAL, AL VENERABLE ABAD Y CABILDO COLEGIAL DE SORIA, A LOS ARCIPRESTES, PÁRROCOS Y DEMÁS CLERO, A LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS Y A TODOS LOS FIELES DEL OBISPADO.

Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se.

Psalmo, 110.

Memoria eterna dejó de sus maravillas, misericordioso y compasivo es el Señor: ha dado alimento á los que le temen.

Salmo 110.

Venerables Hermanos y amados Hijos.

I.

Después que el gloriosísimo Pontífice reinante, nuestro Santísimo Padre León XIII, consagró el humano linaje al Sacratísimo Corazón de Jesús, del cual únicamente puede venir la salvación para la so-

ciudad, los pueblos y las familias, como el amor de ese Corazón adorable tiene su más hermoso trono en la Santa Eucaristía, queriendo que bebamos las aguas que brotan de las fuentes del divino Salvador, publicó sobre tan excelso y consolador Misterio, sobre ese tan santo y augusto Sacramento, una preciosa y tiernísima Encíclica, en la que además de derramar sobre el mundo, como en todas las suyas, torrentes de celestial sabiduría, resplandecen, por especial manera, juntamente con las luces de la más pura y sublime doctrina, sentimientos dulcísimos de piedad ardiente y fervorosa devoción.

En ese admirable documento, verdaderamente maravilloso y práctico, como lo son todos los suyos, declara el sapientísimo Pontífice que, en medio del cúmulo de tristezas que le agobian, le proporcionan dulce consuelo dos actos recientes, entre si inseparables, de su apostólico ministerio, siendo el primero la consagración del mundo entero al Corazón Santísimo de nuestro Redentor Jesús y el otro la paternal exhortación por él dirigida al orbe católico para que cuantos profesan este nombre permanezcan unidos á Aquel que bajó del Cielo para ser el *Camino, la Verdad y la Vida* lo mismo de los individuos que de la sociedad y las naciones. A continuación, con ternura que dulcemente conmueve y hace derramar lágrimas, añade que á los dos ya realizados quiere añadir un tercero, que les sirva de precioso remate, recomendando al pueblo cristiano la devoción á la Sagrada Eucaristia. Como el padre cariñoso que, sintiéndose próximo á la muerte, convoca á sus hijos para manifestarles su voluntad, habla á los suyos, nos habla á nosotros que lo somos, el mejor y más amante de los padres, que lo es León XIII, por medio de estas tiernísimas y conmovedoras palabras. «Y á la verdad, dice, considerando el tiempo en que Cristo Nuestro Señor quiso dejarnos este perenne

testimonio de su caridad inmensa hacia los hombres, sostén al propio tiempo principalísimo de nuestra vida espiritual, que fué estando ya para terminar el discurso de su mortal carrera, Nos, que así mismo vemos ya muy próximo el término de Nuestra vida, tenemos á grande dicha poder antes de nuestra muerte excitar á fomentar en todas las almas los afectos de piedad y reconocimiento que á este admirable Sacramento son debidos, y en el cual creemos Nos que se halla como en causa principal la esperanza del bienestar y de la paz tan ardientemente de todos deseada.»

Lo que al padre entristece tambien debe entristecer á los hijos, y lo que le agrada, consolarles. Nosotros debemos sentir con León XIII y participar de sus amarguras; debemos tambien consolarnos en lo que le agrada, y como ha sido gratisimo para su bondadoso corazón consagrarnos al amantísimo Jesús, exhortarnos á nuestra unión con El, y hablarnos de la Sagrada Eucaristia, por la que esa unión principalmente se obtiene, qué ha de ser más grato para nosotros que renovar nuestra consagración al deífico corazón, permanecer en El y recibirle en la Sagrada Comunión? Ved porque, venerables hermanos y amados hijos, Nos ha parecido de la mayor oportunidad y altamente provechoso para vuestras almas, al propio tiempo que es asunto consolador y dulcísimo, hablaros en esta Carta Pastoral de la Sagrada Eucaristía, recordando y siguiendo las hermosísimas enseñanzas de nuestro gloriosísimo Pontífice, dignas, como todas las suyas, en cualquier orden que sean, de amor, respeto y veneración.

II.

Es la Eucaristía el primero en dignidad, el más augusto y excelente de todos los Sacramentos, por-

que si los demás confieren la gracia, y por el Bautismo somos regenerados, elevados á la dignidad de hijos de Dios, entrando en la Iglesia, recibiendo la fé, en la cual nos conforta y fortalece la Confirmación, que nos hace soldados de Cristo, por la Eucaristía no solamente recibimos la gracia, sino al dador de todas las gracias. Los demás Sacramentos pasan, dejan de ser en el momento que son administrados, aunque permanezcan sus efectos y en algunos el carácter ó vínculo; la Eucaristía comienza, principia á ser mediante la consagración y permanece todo el tiempo que se conservan las especies de pan y vino, en las cuales existe el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Nuestro Señor Jesucristo para ser alimento y vida de nuestras almas.

Eucaristía quiere decir *acción de gracias*, ya porque en sí las contiene todas, siendo el dón de los dones, la fuente de todos ellos; ya porque es medio digno, el mejor y más eficaz para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos.

La Eucaristía, fué instituida por Jesucristo Nuestro Señor en los momentos más solemnes; cuando estaba para partir de este mundo; cuando se había fraguado contra El la más espantosa conspiración; cuando el discípulo traidor había contratado su venta con los príncipes de la Sinagoga; cuando El sabía que era llegada la hora; que estaba próximo el instante de su prisión; que muy pronto caería en manos de sus enemigos y que después de sufrir los más horribles tormentos y derramar hasta la última gota de su sangre moriría en una cruz. Entonces, en la víspera de su pasión, hallándose el Divino Maestro con sus discípulos en el Cenáculo, tomó el pan en sus venerables y santísimas manos, elevó sus ojos hacia el Cielo á Dios Padre omnipotente, y dándole gracias, bendijo el pan, y lo dió á sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo, el cual*

será entregado por vosotros. Luego, tomando del mismo modo el cáliz con el vino y haciendo otro tanto, también lo bendijo y dió á sus discípulos diciéndoles: *Tomad y bebed; esta es mi sangre que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de los pecados. Cuantas veces hiciereis esto, hacedlo en memoria de mí.*

Pero, esto es posible? es posible que lo que antes era pan deje de serlo y se convierta en Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo y la sustancia de vino en su sangre preciosísima? es posible que ese misterio, ese milagro se repita siempre que el sacerdote pronuncia sobre aquellas materias las palabras de la consagración? es posible que los accidentes de pan y vino existan sin la sustancia propia y que en aquellos accidentes esté Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre? Es posible lo que los teólogos, al tratar de este admirable misterio, llaman transubstanciación? Si; es posible, como lo fué que diciendo el Señor, hágase la luz, la luz fuese hecha; como lo fué que por la palabra de Dios sacárase el mundo de la nada; como lo fué la conversión del agua en vino. Será un milagro, lo es en verdad; pero ese milagro es posible á la Omnipotencia divina; ese milagro existe, ese milagro ha sido hecho, y más de un milagro, muchos milagros que en la Eucaristia ve el cristiano con los ojos de la fé, porque milagro es que se rompa la unión natural de la sustancia del pan y vino con sus accidentes, para que estos existan sin aquella, á la cual antes estaban y naturalmente hubieran continuado estando unidos; milagro es que una pequeña sustancia de pan y vino se convierta en un cuerpo tan excelente y perfecto como el de Nuestro Señor Jesucristo; milagro es que en tan humildes accidentes esté todo Jesucristo; estén sus manos santísimas, que obraron tantos prodigios y maravillas; estén aquellos benditísimos pies que dieron tantos

pasos por nuestra salvación; esté aquella sacratísima cabeza que fué coronada de espinas; esté aquel corazón adorable, el mas amante de todos los corazones; esté aquella alma tan pura y santa; esté real y verdaderamente todo Jesucristo, en cuanto Dios y en cuanto hombre; milagro es que al mismo tiempo que en los Cielos esté sustancialmente en la tierra, y no en un solo templo, sino en muchas partes y lugares; no para un día ó tiempo determinado, sino hasta la consumación de los siglos. *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se* (1). La Eucaristía es compendio de las maravillas del Señor misericordioso, como es tambien memorial de su infinita sabiduría. en la que ha encontrado medio para subir á los Cielos con los ángeles, recreándoles con su presencia, y quedarse en la tierra con los hombres. Alabemos la Omnipotencia divina, glorifiquemos la eterna sabiduría con el más profundo respeto y agradecimiento; pero, sobre todo, bendigamos y entonemos himnos á la misericordia y amor de Dios, que le han movido á quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento.

III.

La Eucaristia es por excelencia el Sacramento del amor; es el monumento mas grande del amor de Dios; es todo lo que Dios, con ser Dios, ha podido hacer y darnos para manifestarnos su amor. Jesucristo en la Santa Eucaristia, dice S. Agustin, dá al hombre cuanto tiene, cuanto sabe y cuanto puede. Agota su poder, agota su sabiduría, agota sus riquezas. *Plus dare non potuit, plus dare nescivit, plus dare non habuit.* (De coelesti vita) Qué

(1) Psalm 110, 5.

más ha podido hacer Dios por el hombre que darle á su propio Hijo, ¿como se lo dá en la Eucaristia? que más puede hacer Jesucristo por nosotros que darnos su propio cuerpo, sangre, alma y divinidad? qué más puede hacer un pastor por sus ovejas que alimentarlas con su propia carne en vez de alimentarse él con la de sus ovejas? Amor de los amores, llama S. Bernardo con muchisima razón, al Sacramento del Altar. Tanto y tan grande es el amor de Jesucristo en la Eucaristia, que, como si fuera poco tener sus delicias en permanecer y estar con nosotros, viene á nuestros corazones, entra en nuestras almas para nutrir su vida espiritual, ya que ellas, así como el cuerpo del alimento material, tambien necesitan del que les es propio. Y qué otro alimento mas precioso pueden recibir que el cuerpo y la sangre de Jesucristo? qué manjar mas sabroso puede darseles que el pan celestial y el vino que engendra virgenes? Pero si queremos saber, en cuanto es posible á nuestro limitado entendimiento, lo que el hombre recibe en la Sagrada Eucaristia, la dignidad incomparable á que es elevado, escuchemos las hermosísimas palabras que se leen en la preciosa Encíclica antes citada de Nuestro Santísimo Padre Leon XIII. «¡Qué! ¿Hay acaso algo más grande, hay algo más apetecible que ser el hombre en cuanto cabe participante de la naturaleza divina y emparentar en cierto modo con ella? Pues esto es lo que con nosotros se verifica de un modo especial en la Eucaristia, donde Cristo, mediante la gracia, abrazandose estrechisimamente con el hombre y uniendole intimamente con su persona, le sublima hasta endiosarle consigo. Porque esta diferencia hay entre el alimento corporal y este alimento espiritual, que aquel le convertimos nosotros en sustancia nuestra, y este al contrario, á nosotros nos transforma en sí, como lo dice el mismo Cristo, en boca del cual pone San

Agustin estas palabras: No me cambiarás tu á mí en tí, como lo haces con el alimento de tu cuerpo, antes tú serás quien te cambiarás en mí!»

Por la Encarnación el Hijo de Dios se hizo nuestro hermano, tomando la humana naturaleza, y es muy alta la dignidad á que hemos sido elevados por haber hermanado con Cristo, y muy estrecha nuestra unión con El por ese honrosísimo y estrecho lazo de hermandad. Como si fuera poco, nos quiere por amigos, aunque ya sería mucho para nosotros servirle como esclavos; pero el amigo tiende á unirse con el amigo, quisiera ser una cosa con él, tener la misma vida, y entre Dios y nosotros media una distancia infinita. Quien la salvará? el amor. Y ese amor, donde mas abrasado lo manifiesta el amante Corazón de Jesus es en la Eucaristia; nuestra unión con Cristo, amigo celestial y divino del alma, donde mas se estrecha é intima es en la Comunión, por la cual el cristiano que la recibe puede exclamar con el Apóstol que no es él quien vive sino Cristo el que vive en él, habiendo dicho el mismo Jesucristo: *qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo* (1), que el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo permanezco en él. Quién puede apetecer dicha mas preciosa, gloria mas alta, honra más singular que la de vivir por Cristo? Pues esa dicha, esa gloria, esa honra las tiene el que le recibe en la Comunión, segun sus divinas palabras: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*, (2), haciéndonos también regaladísima promesa de vida eterna, cuando dice que «es pan vivo que ha bajado del Cielo y el que lo coma vivirá eternamente.»

(1) Joan. VI., 57.

(2) Joan. VI., 58.

En el paraíso terrenal, donde se recreaba agradablemente la inocencia de nuestros primeros padres, hizo el Señor varios árboles, todos hermosos, que les servieran de sustento, y, entre aquellos, el que se llamaba árbol de la vida, cuyos frutos, comiéndolos de cuando en cuando, les sustentaran la suya. También en el bello y amenísimo paraíso de la Iglesia ha puesto el Señor varios manjares para alimento de nuestras almas; pero entre ellos el más nutritivo y sabroso es el pan eucarístico, verdadero árbol de vida espiritual, sin comparación más excelente que el árbol primero, porque este era terreno y el eucarístico es celestial, que alimenta no como aquel la vida del cuerpo, sino la del alma, y bien puede compararse al árbol del paraíso de la gloria que lleva doce frutos, según atestigua S. Juan en el Apocalipsis.

Mostró siempre el Señor, como amoroso padre, su especial providencia con el hombre, manifestándola de un modo maravilloso con el pueblo de Israel al sustentarlo con el maná; pero es mayor y más tierno el amor con que favorece al pueblo cristiano, concediéndole el divino maná del pan eucarístico, que excede tanto al del antiguo Testamento como supera la realidad á la sombra y las figuras. Si el primero preservaba de las enfermedades y tenía para los justos todo sabor, viéndose tan satisfecho el que cogía poco como el que cogía mucho, el maná eucarístico bien recibido, libra de las enfermedades del espíritu y tiene para las almas buenas y fervorosas los más variados, esquisitos y dulces sabores espirituales. ¡Oh sagrado convite, el de la Eucaristía, en el cual se recibe á Cristo, renuévase la memoria de su pasión, el alma se llena de gracia, y se dá en prendas de la futura gloria!

Como son infinitos los frutos de la pasión del Redentor, que al morir voluntariamente por nosotros y derramar su sangre preciosísima nos mostró el gran amor de su corazón, quiere que recordemos devotamente lo que padeció por nuestra salvación, y para que tengamos continuamente presente su pasión y muerte santísimas, instituyó el Sacramento eucarístico, en el cual está vivo, pero ofreciéndose en sacrificio se representa su muerte y es el memorial más precioso que pudo dejarnos de su pasión, como es también la prenda más magnífica de la vida eterna que ha prometido á los que le aman y dársela á los que, recibéndole dignamente, correspondan al don que se les hace y gracia que se les comunica. Y cuánta es esa gracia? Tanta y tan singular, tan grande y extraordinaria, que el Señor cuando viene y hace su entrada en el alma, bien preparada y dispuesta, derrama sobre ella torrentes de caridad, la adorna con virtudes celestiales, le comunica los dones del Espíritu Santo, la enriquece con sus más preciosos tesoros, y parece como que la dice aquellas palabras del Salmo «*Dilata os tuum et implebo illud* (1) abre tu boca, ensancha, dilata los senos de tu alma, los pliegues de tu corazón, y yo los llenaré y cumpliré tus deseos.

La Sagrada Eucaristía fortifica al cristiano y le da valor santo para combatir el buen combate, según la hermosa expresión del Apostol. *Omnia possum in eo qui me confortat* (2). Y, realmente, teniendo á Cristo en nuestros corazones, á quien hemos de temer? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (3). Si Dios está con nosotros, quien contra nosotros? En la Eucaristía se enfervorizaron los Apóstoles para llevar á todas partes la buena nueva del Evangelio; en la

(1) Salmo LXX, 11.

(2) Philipp. V, 3.

(3) Rom. VIII, 31.

Eucaristía se fortalecieron los mártires para confesar á Jesucristo y derramar por él su sangre; en la Eucaristía se prepara el Sacerdote para cumplir fielmente su divino ministerio; en la Eucaristía se anima y vigoriza el misionero para sufrir toda clase de sacrificios y trabajos por la salvación de las almas; en la Eucaristía reciben las Vírgenes y confesores gracias abundantísimas, con las que, ardiendo en el amor de Dios, le consagran gustosos sus vidas y corazones; en la Eucaristía, donde Jesucristo se manifiesta como divino modelo de humildad, obediencia, paciencia y caridad, apréndese á practicar estas virtudes que tan necesarias son al cristiano; en la Eucaristía es donde se forman los buenos padres, los buenos hijos, los buenos sacerdotes, los buenos magistrados, los buenos católicos y buenos ciudadanos.

V.

Maravillosos son, en verdad, los efectos de la Santa Eucaristía. Pero, siendo tanta la Majestad del Señor, á quien los ángeles sin cesar están alabando ante el trono de su gloria, tan admirable su infinito poder, que ha criado los Cielos y la tierra, gobierna el mundo y dispone de los elementos, ¿quién se atreverá á recibirle? Consolémonos. No es menor que su majestad el amor de su corazón. y para que no temamos é inspirarnos santa confianza oculta su gloria bajo los humildísimos velos de las especies sacramentales. Es el Dios del amor, y para que respondamos con generosa prontitud al celestial llamamiento con que nos invita, se anonada aun más que en la Encarnación cuando tomó figura de siervo, porque entonces, aunque tanto se abatió, en su dulce mirada, en su apacible semblante, en sus persuasivas palabras, en sus extraordinarias obras, mostraba tanta grandeza, juntamente con su humildad, que las mu-

chedumbres no podían menos de exclamar: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre.» Más en la Eucaristía, aunque está realmente con todos sus atributos é infinitas perfecciones, los encubre bajo humildes accidentes y se esconde en la oscuridad de nuestros sagrarios. Pero aunque tan oculto y humillado, la fé nos dice que es verdadero Dios, y como Dios le adoramos, como Dios le adoran y reverencian millones y millones de almas fervorosas, que tanto más le aman cuanto más abatido lo contemplan.

San Juan nos pinta el trono del Cordero, en medio de la Jerusalem celestial, cercado de innumerable ejército de elegidos que cantan la gloria de Aquél. También en la tierra se contempla ese hermoso espectáculo. También en la tierra hay fieles adoradores del Rey celestial; cristianos que se postran de hinojos ante Jesús Sacramentado, le veneran con la mayor reverencia y le reciben con fervoroso amor en sus corazones. Qué dicha tan grande la suya; qué felices son los que se aproximan con frecuencia á la mesa eucarística. Poseyendo á Jesucristo, lo tienen todo, y pueden exclamar, repitiendo las palabras de S. Juan en el Apocalipsis. «Regocijémosnos y extremezcámonos de alegría, y rindamos gloria á Dios, porque las bodas del Cordero han llegado, y se ha preparado su esposa. Bienaventurados los que han sido llamados á las bodas del Cordero (1). Por el contrario, desdichados los que no comulgan; aquellos que no gustan el pan de los Angeles; lo suave y dulce que es el Señor. No está bien su alma, como es prueba de no tener buena salud corporal el que causen disgusto las más esquisitos y delicados manjares. Cuanta sea la desgracia de los que no toman parte en el convite eucarístico lo dice el Real Profeta en estas significativas palabras. «Han tenido horror á aquel

(1) XIX, 79.

pan de vida, y han ido á las puertas de la muerte.»
(1). A las puertas de la muerte: de la muerte eterna.
¿Hay cosa más terrible?

No será, pues, cosa digna de llorarse que haya, como desgraciadamente los hay, cristianos que no se acerquen á la Sagrada Mesa, que no se alimenten con el pan vivo que ha descendido del Cielo, que no comulguen con frecuencia, privando á sus pobres almas de raudales de gracias que tan necesarias les son? Y lo que sobre todo, entristece el ánimo, es digno de llorarse con lágrimas de sangre, hace que de los ojos brote copioso llanto y llena de amargura el corazón es la indiferencia, la tibieza, la irreligiosidad de los que ni aún en el tiempo de cumplimiento pascual, cuando la Iglesia lo manda como precepto grave, reciben la Sagrada Comunión. Gracias á Dios, en nuestra amada Diócesis no son muchos los que en ese lamentable estado se encuentran. Pueblos hay, y por fortuna no pocos, en los que ni uno solo de los obligados dejan de cumplir tan importante y necesario precepto. Pero quisiéramos que todos, todos, nuestros amados fieles lo cumplieran bien; y por la salvación de sus almas que nos son tan queridas; por la sangre de Jesucristo que las ha redimido, se lo recomendamos con el mayor encarecimiento que puede hacerlo nuestro corazón.

Hijos míos; la devoción al Santísimo Sacramento del Altar es la reina de las devociones. Manifestad que la teneis, visitándolo piadosamente, asistiendo con recogimiento al Santo sacrificio de la Misa, por el cual incruentamente se renueva el de la Cruz, y recibiendo con frecuencia la Sagrada Comunión. Escuchad la voz de Jesucristo que os invita, diciéndo. *Venite, comedite panem meum et bibite vinum* (2). Ve-

(1) CVI, 18.

(2) Prov. x., 5.

nid, comed mi pan, y bebed mi vino. Acercaos al celestial banquete eucarístico con pureza de conciencia, lavando vuestras almas, mediante una buena, contrita, sincera y dolorosa confesión, que tan fácil y consoladora es, en la saludable piscina de la penitencia. Recibid á Cristo Jesús Sacramentado, avivando vuestra fé, con santo temor y profunda humildad; pero al mismo tiempo, con vivisimos deseos: con la confianza que el hijo se acerca á su padre, el amigo á su amigo, el discipulo á su Maestro, el enfermo al médico y el cautivo á su redentor; porque Jesucristo es, y viene á nosotros en la Sagrada Comunión, lo mismo al corazón del rico que al del pobre, como padre que entrañablemente nos ama, como amigo que quiere nuestro bien, como maestro para enseñarnos, como médico para curarnos y como Redentor para salvarnos.

Que asistiendo en esta vida, adornados con la hermosa vestidura de la gracia, al convite eucarístico y convirtiendo nuestros corazones en trono purísimo donde siempre reine Jesús, tomemos parte por eternidad de eternidades en el celestial banquete de la gloria, es, venerables hermanos y amados hijos, lo que con toda la efusión de nuestra alma os deseamos, bendiciéndoos afectuosamente y de lo íntimo de nuestro corazón en el nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de El Burgo de Osma á diez de Febrero de mil novecientos tres.

† JOSÉ MARÍA, Obispo de Osma.

De esta CARTA PASTORAL se dará lectura en uno ó más dias festivos al tiempo del Ofertorio de la Misa Conventual.

NOS EL DR. D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO Y UBAGO,
*por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostó-
lica, Obispo de Osma, etc., etc.*

HACEMOS SABER: Que terminada por los señores Examinadores Prosinodales la censura de los ejercicios literarios practicados por los opositores en el Concurso general á parroquias vacantes en esta Diócesis, y hecho el extracto de los méritos y servicios de cada uno, conforme á las reglas prefijadas por el Sínodo, para agregar á la censura literaria los puntos correspondientes, hemos acordado convocar, y por el presente convocamos, á todos los que hayan sido aprobados, á fin de que en el término preciso é improrrogable de *veinte dias* que correrán desde el de mañana hasta el siete de Marzo próximo inclusive, comparezcan ante el infrascrito Secretario del Concurso, á firmar por sí mismos, ó por apoderado mediante oficio ú otro escrito fehaciente, los Curatos que gusten de entre los anunciados en nuestro Edicto de catorce de Agosto anterior, con más los de El Burgo de Osma, Acinas, Casarejos y Miñana, el primero de Término, con la dotación de 2.000 pesetas; el segundo y tercero de Entrada, con la de 1.200 pesetas, y el cuarto Rural de primera clase, con la de 950 pesetas, que han vacado posteriormente.

Y si algunos señores opositores quisieren firmar á voluntad del Prelado, podrán hacerlo, sin perjuicio de haber firmado á Curatos, á que con preferencia aspiren.

Dado en nuestro Palacio episcopal de El Burgo de Osma á catorce de Febrero de mil novecientos tres,—† JOSÉ MARÍA, *Obispo de Osma.*—Por mandado de Su Sria. Ilma. y Rvma. el Obispo mi Señor, *Dr. Antonio García Escudero, Canónigo, Secretario del Concurso.*

SUSCRIPCIÓN PARA OFRECER Á SU SANTIDAD LEÓN XIII

UNA TIARA DE ORO.

CON MOTIVO DE SU JUBILEO PONTIFICAL.

	Ptas. Cts.
Recaudado por el Delegado Diocesano para esta Colecta.	27 65
Idem en Villanueva de Carazo.....	2 »
Idem en Fuentecantales.....	1 »
Idem en Quintanamanvirgo.....	2 »
Idem en Anguix.....	2 »
Idem en Hinojosa del Campo.....	2 60
Idem en Martialay.....	1 »
Idem en Povar.....	2 »
Idem en Barcebalejo.....	2 43
Idem en Barcebal.....	1 90
De los acogidos del Hospicio del Burgo.....	11 »
Recaudado en Olmedillo.....	3 »
Idem en Villatuelda.....	2 »
Idem en Pedrosa de Duero.....	2 »
Idem en Navas del Pinar.....	2 »
Idem en Atauta.....	5 70
Idem en Palacios de la Sierra.....	3 »
Idem en Ontoria del Pinar.....	2 50
Idem en Alcubilla del Marqués.....	3 20
Idem en Quintanilla Nuño Pedro.....	3 »
Idem en S. Esteban de Gormáz.....	9 65
Idem en Piquera.....	1 50
Idem en Morales.....	1 40
D. Marcos Charle y familia.....	1 »
Recaudado en Ines.....	1 25
Idem en Quintanas Rubias de Abajo.....	2 »
<i>Suma y sigue.....</i>	98 78

Sumario de este número.—Carta Pastoral del Ilmo. y Reverendísimo Prelado sobre la Sagrada Eucaristía.—Edicto convocando á firma de Curatos para las primeras propuestas.—Colecta para ofrecer una Tiara de Oro á Su Santidad con motivo de su Jubileo Pontifical.

Burgo de Osma.—Imp. de hijos de Jiménez.